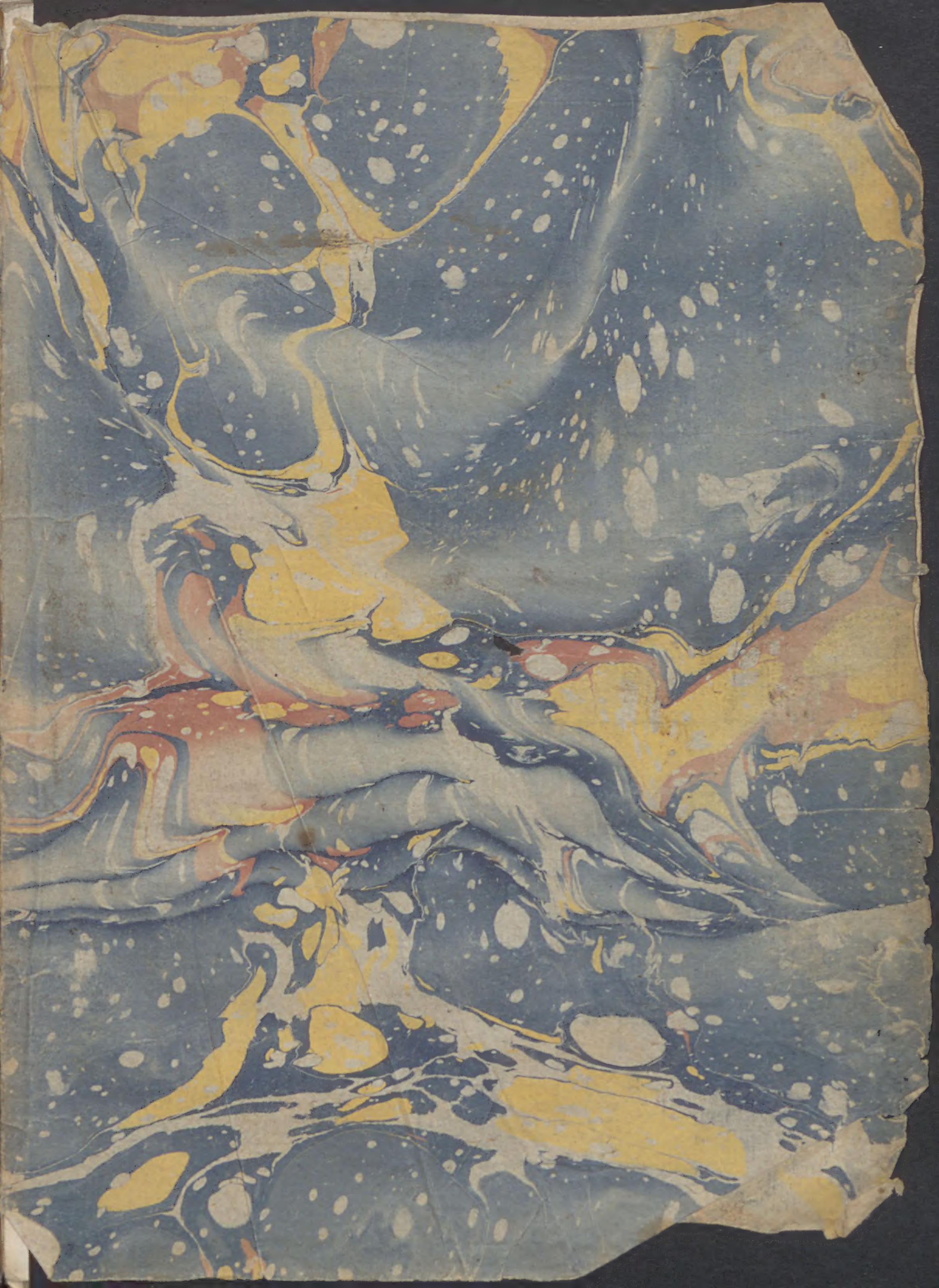


ORACION FUNEBRE

QUE EN LAS EXÉQUIAS DEL ALTÍSIMO, PODEROSÍSIMO, Y EXCELENTÍSIMO REY CRISTIANÍSIMO DE FRANCIA, *LUIS DÉCIMO OCTAVO DE ESTE NOMBRE*, CELEBRADAS EN LA REAL ABADÍA DE SAN DIONISIO EL DIA 25 DE OCTUBRE DE 1824.

PRONUNCIÓ

ANTE EL SERENÍSIMO SEÑOR DELFIN, CORTE DE FRANCIA, É ILUSTRÍSIMO CABILDO

DE AQUELLA REAL IGLESIA,

EL EXCELENTISIMO E ILUSTRISIMO MONSEÑOR FRAYSINOUS, Obispo de Hermopolis, Primer Capellan de honor de S. M. Cristianísima, y Gran Maestre de la Universidad de Francia.

LA TRADUJO

EL DOCTOR D. MIGUEL MARIA DEL OLMO Y HERRERA, Prebendado de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla, y Examinador Sinodal de su Arzobispado, Catedrático que fue de Etica en el Seminario Conciliar de San Bartolomé de Cádiz, despues Colegial y Rector del Mayor de Santa María de Jesus Universidad de Sevilla, é Individuo de várias Sociedades Literárias de España y Francia.

QUIEN LA DEDICA AL REY NUESTRO SEÑOR.



SEVILLA: IMPRENTA REAL. 1825.

AL REY NUESTRO SEÑOR.

SEÑOR.

Las vidas de los buenos Reyes, que se han hecho célebres por sus altos hechos, por sus virtudes, y aun por sus no merecidas desgracias, son una leccion importantísima á todos los hombres, y en particular á los que gobiernan. Por esta razon concebí el pensamiento de dedicar á V. M. la traduccion de la Oracion fúnebre, pronunciada por un gran Orador, é ilustre Obispo, en las exéquias del justamente llorado Tio de V. M. y Rey de

Francia, S. M. Luis de Borbon, Décimo Octavo de este nombre. No porque yo imaginase ser necesaria la version para que V. M. la conociese, siendo como es tan público que V. M. posee otros idiomas ademas del Español; pero me pareció que las virtudes de un Rey de la familia de V. M., á cuya memoria deben tambien los Españoles las mas justas lágrimas, y cuya vida es parte de una de las épocas mas memorables de la historia del género humano, debian ser conocidas en España; y que era conducente y decoroso lo fuesen bajo el augusto auspicio del nombre de V. M.

Confieso que por esta importancia misma del asunto, como por dar mas claridad al estilo severo y conciso que dictó al Orador su tristeza, habia preparado algunas notas; mas considerando luego que V. M. me habia permitido, por un efecto de su bondad, le dedicase la traduccion, juzgué debia omitirlas; porque no pareciese enseñaba yo á V. M. lo que tan perfectamente sabe y conoce.

Si pues en algo he acertado en la ver-

sion de tan notable discurso, é histórico monumento, si quizas he acomodado fielmente el grave sentido literal del autor, á la harmoniosa y varia fecundidad de nuestra lengua, solo lo debo, Señor, al vivo deseo mio de ofrecer reverente á V. M. en este cortísimo trabajo, un obsequio no enteramente indigno de su Real atencion. Dios Nuestro Señor prospere la vida de V. M. dilatados años. Sevilla 26 de Enero de 1825.

SEÑOR.

A. L. R. P. DE V. M.

Su mas humilde, fiel, y agradecido vasallo, y Capellan,

Miguel María del Olmo.

ORACION FÚNEBRE

DE S. M. LUIS XVIII.

REY DE FRANCIA Y DE NAVARRA.

Ego occidam, et ego vivere faciam; percutiam, et ego sanabo; et non est qui de manu mea posit eruere.

Yo mataré, y yo haré vivir; yo heriré, y yo sanaré; y no hay quien pueda salvar de mi mano.

Cántico de Moyses v. 58.

SERENÍSIMO SEÑOR.

Ofrece sin duda la historia de los pasados tiempos muchas épocas extraordinarias, cuya memoria aun debe perpetuarse en los futuros siglos; mas yo ignoro si aquellos anales han presentado jamas á la atencion de los hombres acontecimientos que puedan com-

pararse con los memorables de que la Europa ha sido, y es testigo treinta y cinco años hace; ignoro si hubo jamas un igual espacio de tiempo tan fecundo como este, en prodigios, sea por el número, sea por la rapidez, ó ya por la naturaleza misma de los sucesos. ¿Quándo se vieron en efecto, en tan cortos años los pueblos oprimidos por tan graves desgracias, ni tan trastornados ni afligidos sus Reyes, ni lo que es mas, los unos y los otros tan prodigiosamente restablecidos y consolados, despues de las mas decisivas catástrofes? Al considerar esto todo corazon cristiano, se vuelve naturalmente hácia aquel Ser infinito, cuyo pensamiento dispone á su arbitrio del universo, determinando los destinos de las Naciones, como la velocidad y las órbitas de los ástros, pudiendo decir con verdadero derecho: "Yo mataré, y yo haré vi-
"vir: yo heriré, y yo sanaré; y no hay quien
"de mi mano pueda salvar." *Ego occidam, et ego vivere faciam; percutiam, et ego sanabo; et non est qui de manu mea possit eruere.*

Consideremos, sinó en primer lugar nuestra Francia, y la veremos no solo despedazar con sus manos sus propias entrañas, sino dejar luego rapidamente la mas desenfrenada licencia y abandono, por la mas tiranica esclavitud. En sus mártires renace por una parte, la santa constancia de los primeros héroes del cristianísmo, quando por otra sus verdugos hacen alarde de toda la ferocidad de los primeros perseguidores. Ella llena de espanto al mundo por sus crímenes, como tambien por sus victorias. Aquel ensangrentado ídolo de la libertad, ella lo destroza despues, para humillar su cuello al yugo de un amo inflexible; y últimamente, y para mayor prodigio, ella solo termina su agitada marcha al recibir en su seno aquel Rey, que desterrado veinte y cinco años, y semejante á un padre de familia, que despues de larga ausencia se ve enmedio de sus hijos, viene al fin á sentarse en su trono.

Durante esto, ¿qué no hemos visto fuera de nuestro suelo? El trono Pontificio es tres

veces derribado, y otras tantas restablecido. Dinastías antigüas desaparecen, aunque para volver á brillar, y unos reyes nuevos que se presentan en el vasto teatro del mundo, salen luego de él para siempre. Entretanto las naciones armadas impelen sus hijos al campo de batalla, exponiéndose á dexar del suelo pátrio solo un desierto, y la civilizacion, al mismo tiempo que la religion revelada, caminan al parecer á su ruina en todos los ángulos de la tierra: No obstante, Europa toda, conmovida de esta suerte, trastornada, y ya destruida casi, despues de haber sufrido las mas duras pruebas, y desgracias de todo género, vuelve á ser restablecida sobre sus antiguas bases, y la religion triunfante con su Gefe augusto, entra de nuevo con él en la Capital del mundo cristiano. Desde alli su voz resuena otra vez hasta las extremidades de la tierra; desde esa Roma, victoriosa siempre, despues de diez y ocho siglos de pelea, y destinada á ser ciudad eterna, y á reynar siempre por el Evangelio, aun despues

de haber cesado de ser la Señora del mundo por sus triunfos.

Si el materialista no ve en tan admirable conjunto de acontecimientos, sino el resultado, el juego de no se que casualidad ó acaso, este es Cristianos, el delirio de la razon humana. Si el político se limita á exáminar los secretos resórtes, y el encadenamiento de las segundas causas, que intervinieron en la cooperacion de estos fenómenos extraordinarios, el filósofo cristiano, sin desdeñar estas investigaciones, dirige á mas alta esfera sus pensamientos, y los eleva hasta el trono excelso de aquel que maneja con sus manos omnipotentes las riendas del mundo, y sabe, quando quiere, ya castigar los reyes sirviéndose de los pueblos como de instrumento, y ya castigar á los pueblos por sus príncipes. Reconozcamos pues en todos los sucesos humanos esta Providencia divina, que regla no menos la suerte y destino de cada nacion, que el de cada una de sus criaturas: esta providencia que por medio

de la experiencia doma y sujeta á la razon las naciones indóciles, reconduciéndolas de nuevo, y como á pesar de ellas, á la justa obediencia por medio del desenfreno; al amor y respeto de las leyes por la anarquía; á la práctica de la religion por los crímenes y excesos de la impiedad; sanando así su misericordia, alli mismo donde habia herido su justicia; y confesemos de ella lo que cantó Moyses, poniendo estas palabras en los lábios de la divinidad. "Yo mataré, y yo sanaré, y no hay quien de mi mano pueda salvar." *Ego occidam, et ego vivere faciam, et non est qui de manu me posit eruere.*

El Cielo ha querido Señores, que el Monarca que es en este dia el objeto especial de nuestro piadoso dolor, léjos de hallarse fuera del círculo de estos sucesos maravillosos, estuviese constantemente envuelto en ellos; y que haya sido testigo á lo menos de ellos, quando no su víctima, ó bien la causa instrumental, en la mano de la providencia; en una palabra que haya ocupado en ellos tal

lugar, que la historia conserve de él una memoria indéleble; asi que podemos decir que sus infortunios le prepararon y formaron para reynar un dia con gloria, y que confundido y comprehendido primero en los decretos de una Providencia que castiga severa, despues fué el instrumento de una Providencia que perdona y consuela misericordiosa. Franceses de todas clases y de todas edades, debo anunciaros que todas las épocas y coyunturas de su vida pueden y merecen fijar vuestra atencion, puesto que siempre le hallaréis digno, no solo de vuestra admiracion, sino tambien de vuestro cariño, y conduciéndose siempre con la dignidad que á un Rey le conviene; esto es, magnánimo en las desdichas, y sábio y prudente sobre el trono. Este es el elogio que consagro á la memoria del altísimo, poderosísimo, y excelentísimo Príncipe Luis Décimo Octavo de este nombre, Rey de Francia y de Navarra.

PARTE PRIMERA.

Qual sonora trompeta levantó su voz hacia la mitad del último siglo una secta impía y sediciosa, queriendo persuadir á los hombres que la religion era una supersticion, y la autoridad de los Reyes una tiranía. Para sostener tales dógmas, sus astutos gefes, pervertidos y disolutos, hicieron grandes esfuerzos, ya por apologizar los mayores crímenes, ya por propagar el odio de la religion, y el desprecio de sus ministros, ya por despertar y excitar en los hombres el deseo tan natural y eficaz de la propia independencia: no quedó sin fruto su conato. Túrbase en efecto y conmuevese en todas partes la antigua creen-

cia de los antepasados: empiezan á aflojarse los nudos del orden social: las maximas licenciosas de los escritos producen la corrupcion de costumbres públicas: inténtase ya, ó parece desearse, el sacudir todo yugo y autoridad, y no reconocer superior alguno, ni en el cielo ni en la tierra; y podemos hoy ciertamente asegurar, que si el trono y el altar cayeron despues en realidad, eso fué porque ya estaban de antemano en el suelo, en la opinion de los hombres.

En tan funestas coyunturas, llamó el derecho del nacimiento al sólio á aquel otro Rey de santa memoria, cuya alma fue tan pura, cuya razon fue tan recta, cuya instruccion fué tan sólida, cuyo amor por su pueblo fue tan verdadero, y cuyo triste destino era á pesar de esto, el ser un dia mártir de su bondad, y de su Fe. No: no hubo jamas Príncipe mas digno de ser feliz, ni le hubo tampoco jamas que se viese sumergido en mas hondo abismo de angustias y de males. Su política estaba toda en la bon-

dad de su corazon, y puesto este principio, ¿habrá quien se admire de que alguna que otra vez le engañase su clemencia misma? Por eso apenas empieza á reynar quando ya los beneficios que generoso derrama, mas que distribuye, y las deseadas reformas que egecuta, anuncian en él á los Franceses un padre, mas que un Soberano. Todo parecia entonces prometer á su reynado las mas brillantes glorias y dichas, quando ved aquí que con motivo de algunos obstáculos que se experimentaban, y detenian el curso de los negocios del Estado, empezaron á ventilarse ciertas qüestiones delicadas sobre el origen y límites de la autoridad pública. Empieza pues una lucha entre las recientes doctrinas, y las antiguas, entre la novedad, y los usos heredados; pero como habia mas disposicion para cavilar y argumentar, que para obedecer, quedó vencedor el espíritu dominante del siglo, y pronto resonó aquel clamor que debia ser el anuncio, y precursor de largas y violentas borrascas. Se pide, se vocifera á gri-

tos descompasados la convocacion de nuestras antiguas asambleas políticas, ó Estados Generales: á esta funesta voz los hombres prudentes se sobrecogen temerosos, mientras que los novadores dan saltos de alegría.

Cede al fin y se dexà rodear de sus vasallos el mejor, y el mas bondadoso de los Reyes, con la misma confianza que podria tener enmedio de sus hijos. Mas apenas la Asamblea Nacional se reune, quando estalla la revolucion. Señores, debo declarar en este punto, que no he subido á la sagrada cátedra para acusar individuos: dexo á la historia el cuidado de nombrarles y de pintarlos con los colores permanentes de la severa verdad: ella los conducirá todos, sin distincion de clase ni de rango ante el tribunal de la posteridad, donde serán juzgadas sus doctrinas y sus acciones. Yo no debo olvidar que los lábios de un Sacerdote son *depositarios* de la caridad, como de la *ciencia*, (*)

(*) Labia Sacerdotis custodient scientiam. Malach. 2. v. 7.

y no se dirá que hoy, en la cátedra de la ley de paz, y ante los restos sagrados de un Rey pacificador, vine á anunciar palabras de odio y discordia; pero al mismo tiempo debo decir, que no tendré la debilidad de callar los crímenes, y que no perdonarán mis expresiones á ese espíritu de perversidad que es el oprobio de nuestros dias.

En efecto, ¿cómo pudo verificarse, el que en medio de esta asamblea en donde habia realmente tantas luces, tantos ingenios, y aun tantas virtudes reunidos, se formasen aquellas tempestades políticas, que despues de haber tronado largo tiempo sobre el altar y el trono, acabaron por derrocarlos? La causa fue Cristianos, que la mayor parte de los miembros que la componian, còmo imbuidos, unos mas y otros menos en falsas máximas, se dexaron dominar por una faccion irreligiosa y turbulenta, que burlándose igualmente de Dios y de los hombres, queria hacer una temeraria y loca experiencia de una nueva organizacion de la sociedad humana. Declarése

pues á alta voz que es necesario mudarlo todo: mudar las leyes, mudar las costumbres, mudar los hombres, mudar las cosas, mudar la lengua, y destruirlo, en una palabra, todo. Sí señores, destruirlo todo por que, segun decian, era indispensable el volver á criarlo todo de nuevo. De aí nació aquella salvage declaracion de *los derechos* del hombre, propia solo para hacer que se olvidase todo quanto una conviccion íntima nos advierte, acerca de nuestras obligaciones respectivas; y para formar, por sus resultados, de la Francia entera un espacioso monton de ruynas. De esta suerte fermentaba en los ánimos la funesta levadura, fruto de la codicia y de la discordia, para que al fin constase, que quando se comete la imprudencia de sembrar malas doctrinas, debe necesariamente esperarse la desgracia de no recoger sino delitos, y que aquella sentencia del mayor de los oradores debe siempre tener su cumplimiento, á saber, que todo el mundo es esclavo en un pueblo en que todos quieren gobernar.

En vano el prudente Monarca previendo receloso los males de que ve el Estado amenazado, procura prevenirlos con un acto de real condescendencia, (*) que acomodándose con los deseos que habian manifestado todas las provincias, debia aliviar el peso de las cargas públicas é impuestos, satisfaciendo y contentando, segun podia pensarse, aun á los espíritus mas dificiles; mas todo fue en vano. Ni supieron apreciar su bondad, ni su autoridad misma fue respetada; en tanto grado, que se atrevieron á manifestar que eran como favores dignos de solo un tirano los beneficios que les acordaba su Rey. ¡O incredula y perversa generacion! ¿osás insultar esa mano paternal y benéfica que puede y quiere salvarte? pues sabe que el brazo del Todopoderoso va á descargar sobre ti el peso de su justicia: condenada á agitarte siempre sin un momento de tranquilidad, pasarás muchas veces de un desórden á otro,

(*) Declaracion de las intenciones del Rey, leida en la sesion del 23 de Junio de 1789.

de un mal en otro mal, y de uno en otro abismo. Despedazada y ensangrentada por tus propias iras, oprimida ademas por leyes que te forjarás tu misma, como tambien por los diferentes partidos ó gefes á que te verás sometida, no hallarás seguridad ni salud, hasta que descanses á la sombra benéfica de unas instituciones análogas, y semejantes á esas mismas que hoy desechas con desprecio, y te ofrece la mano de tu Rey; debiéndolas un dia nada menos que á su augusto hermano.

" Pero la Francia en sus furores, impelida por el génio de la impiedad y destruccion, no ve donde podrá detenerse su violenta carrera. Los excesos de todo género, los crímenes mas horribles, están como organizados en ella, y hay sistemas de espoliacion, de sacrilegio, de corrupcion pública, de homicidio. Las desgracias y los atentados que pueden afligir la tierra en el espacio ordinario de ocho siglos, todos se acumulan sobre nuestra infeliz patria durante solos ocho años; pero aun se comete enmedio de tantos horrores, un otro

delito, tal y tan grande, que solo excede á todos los demas juntos, y que falta á mis lábios vigor para referirle. Baste pues el repetir aqui las palabras, sin duda inspiradas, que el Ministro del Altísimo dixo en el mas crítico momento á la mas ilustre víctima. *¡O hijo de S. Luis! ¡subid al Cielo!...* Si Cristianos. Allí es donde le veo colocado entre su heróica hermana, y el mayor Santo de sus abuelos, destinado ya á ser como ellos un Angel protector de Francia, despues de haber sido víctima de su amor por ella.

Entretanto parecia que aquella nueva Francia, que intentó regenerarse por medio de tan atroz delito, aspiraba á la gloria de ser una nacion bárbara, aun en medio de Europa civilizada: á tanto llegaron sus esfuerzos y su conato, por diferenciarse enteramente de los demas pueblos. Sus modales, sus costumbres, y aun su lengua adquieren un caracter particular y abominable: los epítetos y denominaciones mas bajos é ignobles son adoptados como títulos de gloria; todo se

cámbia, hasta los nombres de los meses del año, y dias de la semana; desaparecen todas las señales de religion, Dios no tiene ya un solo templo en Francia, y el mundo amedrentado ve y experimenta por la primera vez sobre la tierra que cosa sea un pueblo sin religion.

Pero no Cristianos. Aquella antigua y verdadera Francia no está dentro de Francia. Del otro lado de sus fronteras es donde es menester buscarla. Ya no hay dentro mas que crímenes: la gloria francesa está fuera, y se halla toda en los campos de batalla. Pero, ¡ó deplorable resultado de tanta impía discordia! Yo veo en ellos Franceses armados contra Franceses; veo al hermano peleando contra el hermano, y al padre peleando contra el hijo. Su patria es una misma, igual es el valor de una y otra parte, pero sus banderas son diferentes. Vendrá, no obstante, un dia, en que el muro de division que separa sus corazones caiga para siempre: entonces no habrá en ellos ni vencedores ni

vencidos, todos serán, todos se llamarán Franceses; sus espadas estarán unidas como sus ánimos; todos descansarán en la misma militar tienda; todos se reunirán rodeando el plumage blanco del nieto de Henrique Quarto, para pelear y vencer juntos, clamoreando todos la misma señal de combate.

Mas á quien debemos, Cristianos este prodigio de union y de reconciliacion? Sin duda á este mismo Rey que hoy lloramos, y que como dixe, antes de haber tocado estos puntos mas remotos pero necesarios, fué tan héroe en sus desgracias. A la verdad Señores, el espectáculo de un Rey que cae de su trono, sin degradarse, sin perder su dignidad, y ¿qué digo? de un Rey á quien hace mas glorioso la desgracia misma, es verdaderamente grande. La historia escribirá qual fué la conducta de Luis Décimo Octavo, y sus miras políticas en aquellas primeras campañas, cuyo éxito fue no obstante tan contrario á la justicia de su causa; y los venideros sabran que si la fortuna iniqua negó la victoria á sus ba-

tallones, todo su poder fué inutil para hacer que Luis se abatiese jamas, y dejase de ser digno de su alto destino. Seguidle sinó, Señores, en las diferentes regiones del medio dia y del norte de Europa que fueron testigos de su vida. Observadle en Verona, sobre el Rin, en Blankenbourg, en Mittau, últimamente en Hartwel, y vereis que, sea primeramente como hermano del Rey, sea despues como Regente, mientras existió el desgraciado Delfin, sea ya como Rey, despues de su muerte, siempre y en todas partes sostuvo noblemente un caracter lleno de magnanimidad y de constancia. Nada puede hacer conocer mejor que sus palabras el concepto que él tenia de la autoridad soberana. Extinguido el niño Rey, cuya gracia y candor inocente no pudieron desarmar ni enternecer á sus verdugos, escribió Luis Décimo Octavo las siguientes expresiones á este Augusto Príncipe, que él se complacia en llamar su hijo. "La Corona "ensangrentada que acaba de ceñir mis sie-"nes, dia llegará, segun me lo anuncia todo,

"en que pasará á las vuestras. Pensad pues "mas que nunca al destino que os aguar- "da, y decios freqüentemente: la suerte de "veinte y cinco millones de hombres depen- "derá un dia de mí." Palabras ciertamente sublimes, y llenas de aquella bondad tan natural á esta augusta familia, cuyos Príncipes no consideran en la autoridad Real, sino una obligacion de hacer los pueblos felices.

Forzado de salir de Italia donde se habia refugiado, Luis determina ir á ocupar un puesto mas digno de sí, y va á establecerse en medio del exército, á quien habia dado el nombre el Príncipe de Conde, que le mandaba. Aun aqui fustrará sus esperanzas la suerte de la guerra; pero á lo menos tendrá mas de una ocasion de mostrar una intrepidez y valor, quizas mas raro que el que suele decidir la victoria en los combates. Citemos un solo caso. Hallábase en Dilingen, junto el Danubio, quando recibe de una mano homicida una herida en la cabeza. La

sangre cubre su frente, y corriendo á él sus fieles criados, uno de ellos exclama. "Hay "Señor, ¡qual sería nuestra desdicha si la "herida estuviese media línea mas abaxo...! "Y bien, respondió tranquilamente el Rey, "entonces amigo mio, el Rey de Francia se "llamaría Cárlos Décimo." Errante y prófugo en su desgracia, apenas halla sitio en que descansar algun tiempo de sus fatigas, quando el Emperador Paulo Primero le ofrece en sus dominios un asilo, y se fixa Luis en Mittau. Alli el cielo, despues de tantos rigores se digna en fin de enviarle una dulcísima consolacion. Ya habia tiempo que su tierno y solícito corazon pensaba con paterno afecto en la suerte futura de la augusta huérfana, hija del Rey su hermano, deseando vivamente el haberla junto á sí, y unirla con el jóven Príncipe, á quien ya estaba destinada. La Princesa llega; y el Rey, ya es nuestra, dice, ya no nos separarémos nunca: ya podemos decir, que habemos hallado consuelos despues de tantas desdichas.

Mas á la vista de la Princesa, quien podrá describir la conmocion, las lágrimas de alegria y de ternura, que bañaron los ojos de aquellos antigüos fieles servidores de esta Real familia; de aquellos Guardias leales, que dia y noche velaban aun sobre la persona del Soberano, despues que algunos años antes se habian expuesto á la muerte, por salvar á aquella magnánima y malhadada Reyna, que tan perseguida fue, quanto era digna de cariño. Alli pues se celebra la union de los dos esposos, santificándola esta Religion divina sola capaz de dar consuelo á todo género de penas, y alivio á todo género de dolores. No brilla en esta fiesta, Cristianos, al rededor de un altar sencillo, ornado de algunas flores, y testigo de las santas palabras que unen los nuevos consórtes; no brilla alli, digo, aquella régia pompa, que se ostentaba en mas felices dias en los palacios de sus abuelos; pero brilla un otro género de grandeza, mas admirable aun, por su simplicidad. ¡Qué espectáculo, en efecto, mas dig-

no de observarse que el conjunto de virtudes y de infortunios que se reunen en estos desposorios, tan ilustres por el elevadísimo nacimiento de uno y otro consórte, quanto capaz de excitar lástima por su dura situacion! ¡Qué! ¿habrá sido cierto que la hija y descendiente de Reyes, y el nieto de un Rey de Francia se han visto obligados á buscar en regiones remotas un asilo, para efectuar su matrimonio? ¡O Dios de S. Luis! Velad sobre éstos dos hijos suyos; conservadles para nosotros, y veámosles algun dia inmediatos al Trono régio, para consuelo del Rey su padre, y felicidad de nuestra patria.

Durante estos acontecimientos, la Francia cansada ya de sus excesos, suspiraba por un nuevo órden de cosas, y en efecto todo anuncia en ella una grande mutacion, y que todo va á cambiar de semblante. Un jóven General, que despues de haber conquistado la Italia, habia llevado la guerra á los pueblos del Oriente, vuelve, y aparece de nuevo en Francia; y todos los ánimos se dirigen hácia

él, como hácia un libertador: una revolucion prontísima, y nada sangrienta le coloca al frente de los negocios públicos, bien que baxo de una denominacion modesta, que muy luego no puede satisfacer su ilimitada ambicion; pues teniendo á menos la gloria de imitar á un Monk en iguales circunstancias, á nada menos aspira que á la de ser un nuevo Carlo Magno, tanto por el poder, quanto por los mas pomposos títulos. Quizá no ha habido jamas hombre sobre la tierra, que haya meditado mas que él el proyecto de una monarquía universal. En efecto nada resiste á sus indómitas y formidables legiones: él entra vencedor en las mas de las Capitales de Europa. El quiere que su familia reemplace las dinastías mas antigüas, y las haga desaparecer. Sus hermanos serán Reyes, Reynas sus hermanas, y entre sus vasallos se contarán muchos Soberanos. Ya su nombre solo inspira terror, y se le pueden exactamente aplicar estas palabras, con que ponderó el poder de otro conquistador la Sagra-

da Escritura, diciendo; que la tierra habia enmudecido en su presencia, sobrecogida de admiracion y espanto: *Siluit terra in conspectu ejus.* Pero Cristianos, aun no ha llegado la hora de este ídolo de la fortuna. Si ahora se levanta y crece, á pesar de todos los obstáculos, dia vendrá en que cayga, á pesar de todos sus esfuerzos.

Consideradle sinó, á la época de que hablamos, elevado al mas alto ápice de la gloria y poder humanos, y no obstante se turba al nombre solo de Luis Décimo Octavo; esto es, de un desgraciado Monarca que huye desarmado de clima en clima; turbacion notable, que exprime un verdadero, aunque forzado homenage á legitimidad. En efecto se hace al Monarca que hoy lloramos una proposicion de su parte; pero una proposicion, á la que un Rey, aun reducido al último grado del infortunio, debia siempre cerrar los oydos. Europa sabe y ha repetido mil veces esta respuesta de Luis, que aunque tan conocida, yo no podria omitir en este punto, sin

merecer vuestra censura. "Ygnoro los desig-
"nios de Dios sobre mí, y sobre mi pueblo;
"pero conozco el deber que el mismo Dios
"me impone. Estoy resuelto, como Cristiano
"que soy, á cumplirlos; como hijo de S.
"Luis, á imitar su noble conducta, aun quan-
"do me viese cautivo, como él se vió; y
"como sucesor y descendiente de Francisco
"Primero, á poder siempre decir en la des-
"gracia: todo esta perdido, menos el honor."

Esta elevacion de un modo de pensar tan magnánimo y verdaderamente Real, fué inseparable de Luis. ¡Quantos egemplos de ella citaría yo, si la brevedad del tiempo no limitase mi discurso! Paso pues á mostrároslе en la mansion y retiro de Hartwel, desde donde luego salió para ocupar su Trono. Aun alli le acompaña siempre la dignidad de su caracter soberano, bien que sin brillo, sin pompa. Una consumada prudencia, un saber vastísimo y al mismo tiempo sólido, fruto de su aplicacion y estudios de su juventud, y de su amor, no solo á las ciencias sino aun á

las liberales artes, y de una fidelísima memoria, ilustraban el nombre y retiro de Luis en Hartwel, aun mas que le habría honrado el aparato de su córte, y palacio. ¡Quan estendida y vária fue su erudicion! ¡Quan aména su conversacion! ¡Quan exquisita y fina su urbanidad! ¡Quantas oportunas y agudísimas expresiones salian fácilmente de su boca! Todo era pues delicioso, y sencillo en el Real retiro de Hartwel, y sin mandar desde alli Luis por su poder, todo lo merecia y lo obtenia por su amabilidad; mas aqui Señores no podreis menos de hacer conmigo esta importante reflexion. Es cosa muy natural que un Príncipe decaido del trono, excite la atencion y la admiracion de los hombres, y reciba aun sus homenages, si pareciendo en los campos de Marte, ilustra su desgracia con victorias, y aun con gloriosos reveses; esto ya se ha visto en muchas ocasiones: pero que un Príncipe que ni aun tiene en su mano el poder dar este honor á su infortunio, sepa conservar asi durante veinte

y cinco años el decoro de su alto caracter, cosa es esta de que ofrece muy pocos exemplares la historia de los Soberanos desgraciados. Tiene, es verdad, la desdicha algo en sí mismo de sagrado, que inspira y atrae el respeto; ¿pero será constante este efecto quando está sola, y sin que otras qualidades apreciables la recomienden y la ilustren? Cerca pues de su Francia, y como enfrente de ella, Luis Décimo Octavo se ocupa principalmente en Hartwel en conocer su situacion, y aun medita los medios de poder un dia curar sus males, y gobernarla con prudencia y sabiduría. En una palabra, su conducta es la de un Rey, y de un Rey que se dispone á ser aun mas digno del cetro que le esperaba.

Llega finalmente aquel momento prefixado en los decretos de la eterna Sabiduría, y ya los hijos de S. Luis ven muy próximo el dia en que van á recuperar la herencia de sus padres. ¿Pero como va á obrarse este prodigio? Aquí es Cristianos donde la Providencia divina se manifiesta patentemente. Enso-

berbecidó el dominador de la Francia con la gloria de su poder, despues de tan estendidas conquistas, de tantos tronos derribados, de tantas naciones vencidas, parecia decir como aquel Rey altanero de la Asiria, citado por un Profeta: "Yo soy el que ha executado estas tan grandes cosas, asistido solo del "consejo de mi sabiduría. Yo soy el que "ha señalado nuevas fronteras á las naciones, "yo el que se ha apoderado de las riquezas "de sus Príncipes, yo el que los he derribado de sus tronos. Los mas temibles pue-"blos de la tierra han sido para mi como "un nido de paxarillos baxo la mano del "que le arrebata, sometidos á mi poderío, "sin que hubiese quien se atreviese á des-"plegar sus lábios para lamentarse." Mas ved aqui que Dios, como el mismo Profeta dice, visita en su enojo este sobérbio corazon del conquistador altivo, y el orgullo de sus ojos. Ya le veis conducido por la victoria hasta los términos del Imperio Moscovita; ufano de estos triunfos, y sobre todo de mandar el

mejor exército que sostuvo jamás la tierra, se entrega á todos los prestigios de una ambicion delirante; y por una ceguedad que parece enviada del cielo, se obstina á continuar su marcha, entrada ya en aquel pais la estacion de los frios. En efecto la antigüa Capital de los Czares, ve por la primera vez en su recinto un exército Frances; mas obligado á retirarse, pierde el momento favorable, y ya sabeis del modo que aquellas formidables legiones desaparecieron en tan helados climas. ¿Quien de nosotros há olvidado el estremecimiento de horror que causó á la Francia entera la narracion auténtica de este desastre, mayor que quantos contiene en sus páginas la historia?

Pero Dios tiene en su mano el destino de las naciones. Ya el generoso Alexandro parte del Neva y se adelanta hácia el centro de Europa: ya se sacude entera la Alemania: ya se conmueven los pueblos del Elba, y del Danubio, y tres poderosos aliados marchan unidos hácia el Rin, arrebatando con

su impulso los Soberanos y habitantes de los payses por donde pasan. Finalmente estos exércitos despues de muchas, y varias batallas; unas favorables y otras adversas, atraviesan nuestras fronteras, entran nuestras provincias, y Paris cae en su poder. ¿Mas por qué tantos desastres y combates? ¿Por qué este trastorno y revolucion de Reyes y de pueblos? ¿Porqué, Cristianos? Por que Dios queria restablecer la augusta familia de los Reyes de Francia; y la Europa debia dar á luz, mas no sin dolores, esta milagrosa restauracion. Entre tanto la voz de justicia y de amor que llama á Luis al sólio de sus mayores, llega á él en su retiro: agítase Inglaterra, y el Príncipe amable y leal que la gobierna, ostenta la alegria que se comunica á sus súbditos: Lóndres enarbola las señales y emblemas de la dinastía de nuestros Reyes, y hubierais dicho que la poblacion entera de aquella Capital era francesa en aquellos dias. Entonces fué quando un ilustre nieto de un Rey de Francia, el hermano de

nuestro llorado Monarca, vino en medio de nosotros, rodeado en su marcha de flores de Lis y de penachos blancos, señal de la autoridad legítima; y brillando de alegría, no solo por la que él experimentaba, sino por la que su vista y presencia comunicaba en su tránsito. ¡Bello dia, y que prometia otro aun mas bello! Llega el Rey finalmente, y ¡quien podrá explicar el alborozado aturdimiento, que á tamaña dicha se apodera del inmenso pueblo de la Capital al recibirle y verle otra vez en su seno! Entrado en ella, su primer cuidado es de ir al principal Templo, á tributar humildes gracias á aquel Ser inmutable, por quien reynan los Reyes, haciendo ver asi que su deseo es el ser sobre el sólio heredado que va á ocupar, una viva imagen de Dios, y que va á colocar á los dos lados del trono la justicia, y la clemencia.

Tiempo es ahora Señores, de volver á dar una ojeada á los sucesos que acabamos de recorrer, reflexionando el orden de la Divi-

na Providencia, y siguiendo sus altos designios en favor de la Monarquía Francesa, de la Real Familia, y de nuestra santa Religion.

En primer lugar no se ignora que una falsa política, bien diferente de la que hoy siguen, habia engañado las potencias extrangeras, é inspirádoles ciertas pretensiones ambiciosas sobre nuestro territorio. ¿Mas qué sucede? El Cielo dispone que los exércitos Franceses, á quienes siempre fué fiel la victoria, desconcierten sus planes. Nuestro suelo no será disminuido en lo mas mínimo; y hoy posee en efecto Cárlos Décimo, toda la Francia que poseyó Luis Décimo Quarto.

Mas otros acontecimientos tambien memorables, aunque anteriores, arrebatan mi imaginacion y me hacen igualmente admirar la Providencia. Repetian, y voceaban los enemigos de la Religion, por persuadir que ella disminuye el valor, que los hombres religiosos no eran buenos para la guerra. Mas el Cielo dispone que la Cristianísima y piadosa provincia de la Vendée sea la mas aguerri-

da y terrible defensora de su Religion y de su Rey, mereciendo el ilustre apellido de Tierra del Heroismo. Alli se vió Señores, que la virtud, la piedad sencilla y devota del pueblo, y de los que se honran en imitar su fé, se hermana poderosa y particularmente con el valor mas arrojado y constante.

¿Quereis mas prodigios? pues ved que los dos monstruos mas terribles al género humano, á saber, la impiedad y la anarquía, se conjuran juntos para desolar y acabar de una vez con la Iglesia y el Estado; quando he aqui que Dios suscita, como diximos, para sus altos fines, un hombre extraordinario, quien los encadena con brazo poderoso, levanta á la Religion sus altares demolidos, comprime é inutiliza los funestos efectos de esas sociedades secretas, enemigas dañosísimas de la felicidad pública, por lo mismo que afectan popularidad, y prepara asi él mismo á los Borbones, bien que sin pensarlo, una Francia no solo monárquica, sino aun católica.

Ultimamente, ved ese necio filosofismo que jactancioso se creia ser la sabiduría misma, y que aseguraba que la Religion estaba ya desarraygada de los ánimos, y dispuesta á caer por sí misma, solo con que la dexasen abandonada á sus propias fuerzas... ¿qué digo? aun esperaba su fatuidad que las promesas hechas á la santa Religion de los Cristianos por su divino fundador, iban ya á quedar vanas é ilusorias á los ojos de todo el mundo. A la verdad, ya el Santuario está desnudo, ya los Sacerdotes y Pontífices están reducidos á la indigencia, ó descaecen en prolongados destierros, si tal vez escaparon al cadahalso; ya las cosas santas, ya los misterios divinos son el objeto de la pública derrision; ya todos los apoyos humanos que ayudaban á sostener el culto estan deshechos; toda su exterior pompa y magnificencia ha desaparecido; apesar de esto, Cristianos, luego que llegan los momentos predeterminados en los decretos eternos, la Religion sale llena de vida y de energía de lo interior del corazon de los

Franceses, donde se habia refugiado como en un inviolable asilo. Aun hay mas. El Santo Gefe de la Iglesia está cautivo, pero, ¡oh prodigio! El mundo entero le contempla, y su prision brilla con mas gloria que el Vaticano mismo con toda su magnificencia; sí, fieles, sus cadenas son mas gloriosas que su tiara; en tanto grado, que divulgándose la fama de sus virtudes, aun entre las diferentes sectas separadas de la Iglesia, el mundo entero se admira de verse en alguna manera católico, por un interior movimiento de admiracion, que no está en su mano el contener. En fin, al mismo tiempo en que los hijos de S. Luis y de Enrique Quarto son devueltos al pueblo frances, el Vicario de Jesucristo es devuelto al pueblo romano. Dios es quien lo ha querido asi para consuelo de su Iglesia, é instruccion de toda la tierra: época memorable, á la que se deben muy particularmente aplicar aquellas palabras de las sagradas páginas, que Bosuet anunciaba sobre la tumba de una desgraciada Reina: "entended ahora, ¡ó Reyes!

"instruíos vosotros los que gobernais, y juz-
"gais las naciones." *Et nunc Reges intelligite: erudimini qui judicatis terram.*

Voy pues Señores, á hablar ya de aquellos dias que son mas particularmente dias de misericordia: voy á mostrar á Luis sobre el trono que tan dignamente ocupó, por su prudencia y sabiduría: este es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

El tiempo de la justicia da lugar al de la misericordia: la familia de nuestros Reyes es devuelta á nuestro cariño: ella nos pertenece y nosotros le pertenecemos, ella merece ser llamada una familia nacional; tan cierto es que su conservacion es necesaria á la di-

cha, á la duracion y á la existencia política de Francia. Una nueva era comienza, á la que la posteridad dará el mismo nombre que ya tiene hoy; la era de la restauracion.

Conozco Señores, que en este momento es particularmente quando debo hablar el idioma de la verdad pura, tan lexos del rigor como de la baxeza; que si no es decoroso que la adulacion venga hoy á rastrear sobre los sepulcros de los Reyes, tampoco lo es que la envidia ni el rencor me dicten sus injuriosos clamores. Los Reyes son hombres como nosotros, y tanto quanto sus deberes son numerosísimos y difíciles, tanto menos debemos admirarnos, si tal vez participan de la fragilidad comun de nuestra humana naturaleza. Seámos equitativos, y si queremos bien apreciar las cosas, pongámonos en las circunstancias mismas en que se halló Luis Décimo Octavo, al subir sobre el trono. Harta de batallas la Francia, y de aquella ruidosa fama que tanta sangre y tantas lágrimas habia costado, envolviendo las familias en

tanta desolacion y luto; cansada ademas, del duro cetro que desde tanto tiempo pesaba sobre sí, necesitaba ya y deseaba mas descanso y menos esclavitud. Componiase aun su poblacion de muchos individuos, que por su edad se acordaban, y hechaban menos con razon los pasados tiempos, y tambien de aquellos otros, que como mas jóvenes, solo conocian lo presente. No imaginemos pues que la empresa del Rey era el civilizar un pueblo que entrase de nuevo en la vida social, ni tampo de convertir á sus deberes una nacion religiosísima y dócil, que se hubiese separado de ellos por unos momentos. La grande obra de Luis era el gobernar con prudencia un pueblo agitado, un siglo habia, por las doctrinas del libertinage y la impiedad; un pueblo dividido en sus intereses y en sus opiniones; un pueblo que habia abusado de su ilustracion misma, y era ya extrangero en gran parte á aquel antiguo y ya olvidado órden de cosas; un pueblo en fin á quien debian irri-

tar los remedios violentos, y debilitar hasta la muerte los nimiamente dulces. ¡O y que mano tan hábil y prudente se necesita para curar tantos males! Francia se presenta en efecto á Luis á su llegada, no aquella Francia que él habia dejado, sino la Francia que la revolucion ha hecho; como se presenta á los ojos de su dueño, despues de mucho tiempo de ausencia, una casa que desoló un incendio, y maltrataron los años.

Declaro, Señores, no ser del número de aquellos que creen fué necesario levantar un muro de bronce entre lo que habia sido y lo que iba á ser, teniendo por nada las tradiciones y experiencia de tantos siglos, renunciando casi á sus antepasados, y repudiando la herencia de sus glorias y virtudes: era necesario para esto haberse dejado conducir negligentemente, sin reflexion y sin prudencia por el torrente de las nuevas doctrinas; quando la ciencia de gobernar principalmente consiste en luchar contra las pasiones indóciles, sometiéndolas al yugo de la ley; en

combatir contra la arbitraria insubordinacion, para mantener la libertad comun; en oponerse al espíritu de innovacion á fin de conservar la tranquilidad pública; finalmente en destruir la impiedad y defender la Religion, que es la mejor salvaguardia, así de las costumbres como de las leyes; por lo que podemos decir que la vida del que egerce la autoridad pública, es un verdadero y perpétuo combate.

Mas yo sé no obstante, que á veces es necesario respetar ciertos menoscabos é innovaciones que producen los tiempos: que no está en poder de los vivos el reanimar las difuntas generaciones, y volverlas de nuevo á la vida: que el discurso de los años introduce en los espíritus ciertas disposiciones de que no se puede tal vez prescindir; últimamente que despues de una larga continuacion de trastornos y devastaciones, tanto en las cosas religiosas como en las políticas, puede llegar á ser tan imposible el construir de nuevo el edificio social, tal como estaba antes, quan-

to sería de un insensato el no querer conservar nada. ¿Qué hará pues Luis Décimo Octavo? ¿seguirá exclusivamente las doctrinas, los hábitos y costumbres en que fué criado y educado en sus primeros años, ó al contrario se decidirá á abandonar aquellos usos monárquicos, para abrazar esas vagas teorías que prometen siempre paz y seguridad, sin darlas nunca? Luis no hará ni lo uno, ni lo otro. En vano intentaría reedificar todo el antiguo edificio: la mayor parte de las piedras que le compusieron están, no diré ya dispersas, sino aun convertidas en pólvo. Con todo, conservará el debido respeto á lo pasado, pues se expondría de otro modo á perder infaliblemente lo venidero. Su cuidado será pues el rejuvenecer por decirlo asi, la antigua monarquía, el añudar el vínculo de la anterior y de la nueva generacion; pues sabe que si tienen la política y la moral máximas inviolables, su aplicacion no es jamas absoluta, modificándose al contrario en razon de las circunstancias, costumbres, génio y necesidades de los pue-

blos. Como legislador prudente que es, y constante en sus ideas por nada se humillará ante esas máximas de anarquía, que sacando de sus quicios la autoridad para entregarla á los caprichos de la muchedumbre, introducen en la sociedad una funesta é indestructible semilla de revoluciones; bien que al mismo tiempo, conocerá que en aquello que el bien general pueda exigir, deberá ceder á la ley de las circunstancias. Dará pues á la Francia unas instituciones análogas á su capacidad y fuerzas morales, segun la máxima de un hombre célebre de la antigüedad; instituciones contenidas ya en embrion en los pensamientos y voluntad de Luis Décimo Sexto, y estendidas hoy y aplicadas al bien de la nacion; dejando al tiempo lo que á él solo pertenece, esto es el cuidado de manifestar, asi las ventajas, como las imperfecciones de su obra: de este modo, dirigido por tan hábil piloto el baxel del estado, bogará sin miedo de los escollos en un mar agitado todavia. Podrá venir, es verdad, la tempestad á asaltarle de

nuevo, pero será solo pasagera; renacerá la calma, y el génio del mal huirá veloz, y desaparecerá para siempre.

Será pues Luis el restaurador de la monarquía Francesa, y será venerado como tal: ¡mas qué dificultades no se le oponen al principio mismo de esta gloriosa carrera! Primeramente, ¿qué medio tomar para que el territorio frances se vea libre de los exércitos extrangeros que le ocupan, señoreados de sus plazas fuertes, y á quienes podría tal vez ocurrir el deseo de dictar leyes á la Francia? Pero nada es imposible á la prudencia y conatos del legítimo poseedor del trono. Tiene la legitimidad sobre los ánimos un poderoso ascendiente, de que cada uno está penetrado: y su imperio sobre los espíritus es tanto mas seguro quanto nada tiene de violento, por el caracter de justicia que lleva consigo, y que impone á la fuerza misma. Todos los Soberanos han conocido ya que les interesa particularmente el respetar entre sí los derechos de cada uno, y hoy, á grande dicha de

la Europa, la legitimidad es el mayor poder de quantos la gobiernan.

Volviendo pues á nuestra Francia, no hay duda que aun en largos años se resentirá de las graves heridas que ha recibido, mas el tiempo borrará hasta las señales. Asi lo esperamos Señores, honrándonos en particular de ser Franceses, al tratar este punto. En efecto ¿qué pais se hallará, que despues de tantas revoluciones internas, tanta sangre derramada, tantos tesoros agotados, tantas destrucciones y ruinas, tantas horribles impiedades, tantos desastres, inevitable conseqüencia de las discordias civiles, y de la entrada de exércitos extrangeros en dos ocasiones, qué pais habrá, digo, que despues de estas dilatadas calamidades pueda gloriarse de ver, como lo ve Francia, tomar los artes un nuevo vuelo, hacer la industria progresos admirables, recuperar su autoridad las leyes, llegar la riqueza pública á un tal grado de prosperidad como nunca se habia conocido, contar las ciencias y la literatura tantas es-

cuelas florecientes, hallar la Religion un pueblo piadoso y amantísimo de los Pastores que la Providencia les destina, reynar en una palabra, en todas partes la seguridad, y bonanza? Y ved ahí, ó Franceses, los efectos benéficos de la restauracion.

Pero aun tributando este elogio justo á lo que hay de bueno, sé que no debo deslumbrarme con este brillo de felicidad pública que acabo de describir: el caracter sagrado que he recibido, la presencia real del Dios de la verdad, mi amor á mis conciudadanos, todo me impele y me obliga á llorar en este tan solemne dia un mal gravísimo, y tanto mas temible, quanto menos se teme hoy y se precave, un mal que fomentando cada dia en el cuerpo social las pasiones mas desarregladas, conserva en él, y grado por grado desenvuelve el mas activo gérmen de disolucion y de muerte; mal, digo que bastaria solo para desconcertar, para destruir todos los cálculos del humano saber. Hablo Señores de la circulacion de esta mul-

titud de libros funestos, que introducen en las familias con las malas doctrinas la corrupcion y los vicios, que esas mismas doctrinas apologizan. Todo está, ó Cristianos, pervertido en este siglo; nuestra historia nacional está adulterada, pues ó cuidan sus autores de solo referir en ella testimonios de ignorancia y de debilidad, ó bien saben presentar los hechos con falsos colores, á fin de que la juventud aprenda asi á despreciar y desdeñar sus abuelos, como hombres odiosos y ridículos. Tocante á la Religion, toda la ciencia de esos escritores es, el referir cuidadosamente los males de que ha sido pretexto, cubriendo con el velo del silencio, y entregando al olvido los bienes inmensos que ha ocasionado. Libros, en que nada se omite de quanto puede servir á adelgazar, y aun romper los lazos que deben unirnos á las doctrinas cristianas y monárquicas de los siglos pasados: libros, en donde estan trocadas las nociones del bien y del mal: donde la piedad es bajeza, la obediencia servidumbre, el res-

peto al sacerdocio superstición, el menosprecio de toda Religion, noble independencia. ¿Mas qual es el fruto de todas estas máximas, que con tanto cuidado se propagan aun entre la clase mas pobre del pueblo, con la introduccion de esos libros? ¿No es el secar en los corazones todo gérmen de virtud, el ahogar la voz interior de la conciencia, el hacer los hombres malos por sistema, el formar en nuestro seno familias sin freno alguno de Religion, de donde sale esa juventud deliqüente que ya en muy tiernos años conoce todos los horrores y astucias del vicio mas refinado? ¿No es en una palabra el hacer subir al patíbulo malhechores, que dan á la muchedumbre el terrible exemplo de morir, nosolo en el crímen, sino aun sin remordimientos?

A estos infelices pertenecía, como sabeis, el autor de aquel atroz atentado, que cubrió hace algunos años la Francia de pena y costernacion. Pero dejemos estos crueles recuerdos, y hablemos solo del heroismo cristiano de aquella Real víctima, y juntamente del

heroismo materno de la viuda augusta, que trajo en su seno la felicidad de Francia. Hablemos del maravilloso nacimiento de este nuevo Enrique, que algun dia llegará á ser digno de tal nombre.

¡Yo te saludo ó niño, hijo de un milagro! tu vivirás; sí, tu crecerás; y contigo las virtudes de tus mayores, y tu reinarás un dia sobre nuestros nietos. Dios te conservará para su dicha, asi como te ha hecho nacer para nuestro consuelo. Que si mis presagios no me engañan, si llegan mis votos á cumplirse, arribarás al trono, ó niño, bastante tarde, para que puedas ser antes adoctrinado con la esperiencia, y con los grandes y buenos exemplos que el cielo habrá ofrecido á tus ojos.

Advertid ahora Señores, de que modo la Providencia, que si permite el mal, segun S. Agustin, es solo porque sabe y puede sacar del mismo mal el bien; como, repito, esta Providencia divina dispuso que el crímen de que acabamos de hablar, contribuyese al triunfo de la causa Real. En efecto desde en-

tonces ha habido mas vigilancia, por haberse conocido mejor á donde puede llevar á los hombres la irreligion y el deseo de una feroz independencia; de suerte que aquel delito es causa de que el Trono y el Altar sean hoy aun mas venerados y amados. Podrán tal vez agitarse todavia algunos facciosos, pero serán vanos sus esfuerzos; y si nada pudo antes resistir á aquella revolucion que destruia quanto se oponia á su violencia, nada resistirá tampoco en adelante al fuerte poder de la legitimidad.

Asi camina hácia su término el reinado de Luis, pero no están completos los destinos que le asignó la Providencia. Solia decir, que el cielo se habia servido de él para cerrar el abismo de las revoluciones. Y en efecto sus obras, executadas con firmeza y sabiduría, verificaron estas palabras. Considerad Señores, la España entregada á todos los males de una anarquía destructora; su pueblo tanto mas oprimido, cuanto mas se le dice y repite que es soberano, su Rey cautivo por los mismos

que proclamaban estaba libre. En ella se enseñan todas las doctrinas que subvierten el órden social, y ya este nuevo incendio puede, cundiendo y propagandose, abrasar otra vez el mundo entero. Los sábios Reyes que le gobiernan observan atentos el peligro; y Francia recibe la noble mision de vengar la causa comun. Armate, ó Príncipe valeroso y prudente, ve donde te envia tu Rey, donde te llama la gloria: ya van en pos de ti los viejos soldados, mezclados con los nuevos; todos te siguen con un igual deseo del combate. Yo te veo atravesar la península como triunfador pacífico, haciendo amar tus triunfos por tus virtudes, persiguiendo, y al fin encadenando el génio sangriento de las revoluciones, para volver luego, como fiel vasallo, á colocar á los pies de tu Rey la espada que te confió para que dieses honor á su trono, y descanso á la Europa entera.

Bastaría sin duda lo dicho para ilustrar el reinado de Luis Décimo Octavo. ¿Pero podría yo pasar en silencio ese último acto de

su Real voluntad, que pone el colmo á su gloria, y que podemos llamar el testamento de un Rey Cristianísimo á la hora de su muerte? ¿y no debo yo sentir el no poder en mi actual posicion dilatar mi discurso sobre una resolucion tan importante, y tan preciosa para la Iglesia de Francia, y que ha sido recibida por veinte y nueve millones de católicos con tan piadoso reconocimiento, sin que pueda ocasionar la menor queja? En efecto la Religion del Estado tendrá toda la dignidad que le conviene, sin la menor lesion de lo establecido por las leyes: ella reinará en nuestros corazones segun su espíritu de paz y de caridad: inflexible siempre contra el error, siendo como es la verdad misma, ella dominará solo en los ánimos por su dulzura, y condescenderá con todos, como fundada en el amor.

Hemos llegado al término de la vida política de Luis. Hace algun tiempo se advertia en él una postracion de fuerzas, presagio demasiado cierto de su próximo fin. No

obstante el Rey conserva una admirable presencia de ánimo: abatido está pero no vencido: aun lucha con valor y empeño, queriendo llevar hasta el término mismo con dignidad el peso del cetro y la corona. Por eso decia que un Rey puede morir, pero que no debe estar enfermo. Parece que el vigor del alma sostiene el acabamiento del cuerpo; y asi los extrangeros como los Franceses admitidos al pie de su trono, se admiran de la viveza, de la prudencia y sabiduría que brillan todavia en sus palabras. No obstante, las fuerzas abandonan su valor; ya no puede dejar el lecho; y entonces manifiesta su deseo de recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia. Su piedad consuela y edifica á su familia anegada en llanto, y el mismo, fortificado y consolado con los divinos favores que se le acaban de administrar, recoge su espíritu para meditar los años eternos: poco despues levanta su brazo trémulo sobre las augustas cabezas de su amadísima familia arrodillada, para atraer sobre ellas con su súpli-

ca y bendicion la abundancia de los favores celestes. Bien sabeis quan solícito el pueblo cercaba perpetuamente el Real palacio, no movido de una vana curiosidad, sino de un sentimiento profundo de la mas tierna veneracion; observando un silencio escrupuloso, que apenas se interrumpia de tiempo en tiempo, para informarse del estado del augusto enfermo, como temiendo el turbar su reposo. Entre tanto el mal hace rápidos progresos: el momento ha llegado de rezar aquellas oraciones afectuosas y dulces, con las que la Religion prepara y consuela el ánimo de sus hijos, para salir de este mundo. Luis oye resignado estas palabras duras á nuestra flaqueza, aunque llenas de inmortalidad: partid alma cristiana de este mundo.... *Proficiscere anima cristiana de hoc mundo.....* Poco á poco las fuerzas naturales se aniquilan: al fin cesan: el Rey dá su último suspiro. ¿Quien podrá explicar en este momento la escena de dolor y de desolacion de que fuimos testigos? Los Príncipes y Princesas de la Real familia

inundados de llanto, se prostran de nuevo y besan respetuosamente esa mano que algun dia llevó tan gloriosamente el cetro, y ahora está yerta del yelo de la muerte. Difúndese la triste nueva en la Capital; vuela á las provincias; en todas partes excita los mismos sentimientos, y puede decirse que Luis Décimo Octavo está como envuelto y sepultado en la pena y bendiciones de la Francia entera.

Vivirá pues en los anales de los siglos este reinado que acaba de terminarse, ocupando en ellos un lugar glorioso para el Monarca, y tambien para su pueblo. Grande y basto quadro, que exige particularmente el ser observado en su verdadero punto de vista. Pues no es facil que los contemporaneos le juzguen bien, estando tan cerca; y podria ser que por la proximidad vean mas facilmente los defectos, que las perfecciones. Las generaciones posteriores si se hallarán en debida distancia: para ellas los instrumentos del bien y del mal ya habrán desaparecido, y mas verán los su-

cesos, que los individuos; mas bien el conjunto que los pormenores. Entonces los intereses particulares, las rivalidades, la diversidad de opiniones, las ilusiones que producen la amistad y el odio, no ofuscarán los espíritus. Si Señores, la posteridad censura sin rencor, y aplaude sin lisonja, porque la pasion no le quita el conocimiento. Si tal vez no creyere deber aprobarlo todo en el reinado de Luis, á lo menos ¿nó se admirará, de que á pesar de tan muchos y grandes obstáculos, en medio del conflicto de tantos modos de pensar diversos, y aun opuestos, haya podido sanar tan graves heridas, disponer el remedio á las que se sienten todavia, marchar prósperamente hácia una regeneracion de su nacion, y sobre todo, preparar y conducir las cosas de tal manera, que el tránsito de un reinado á otro, que tan delicado y peligroso podía parecer, se haya efectuado sin el mas mínimo movimiento, con tanta paz y calma, como en los mas felices dias de la monarquía francesa? En una palabra, Luis Décimo Octavo muere dejando

su Francia tranquila en su interior, poderosa en el concepto de los extrangeros, elevada al rango político que le pertenece ocupar en el mundo; y al cerrar por la última vez los ojos, ha podido considerarla restaurada por su prudencia.

Señores, el mismo Dios es el que castiga, y el que consuela: si habemos perdido un Rey prudente, cuya memoria será preciosa á quantos aman la paz, ya tenemos un otro, sobre el que podemos fundar las mas dulces y lisongeras esperanzas. Ya reina ese Príncipe veráz, de noble y frances corazon: ese Príncipe que es necesario amar, si se le vé, y conmoverse si se le oye; pues tienen sus palabras un iman atractivo de los corazones, como que parten de un verdadero afecto: un Príncipe, que llega al trono despues de haber adquirido el más profundo conocimiento asi de los hombres, como de los negocios; un Príncipe que, como tan cristiano, dará á la Religion en su gobierno, la misma parte que posee en su alma; pues no ignora que

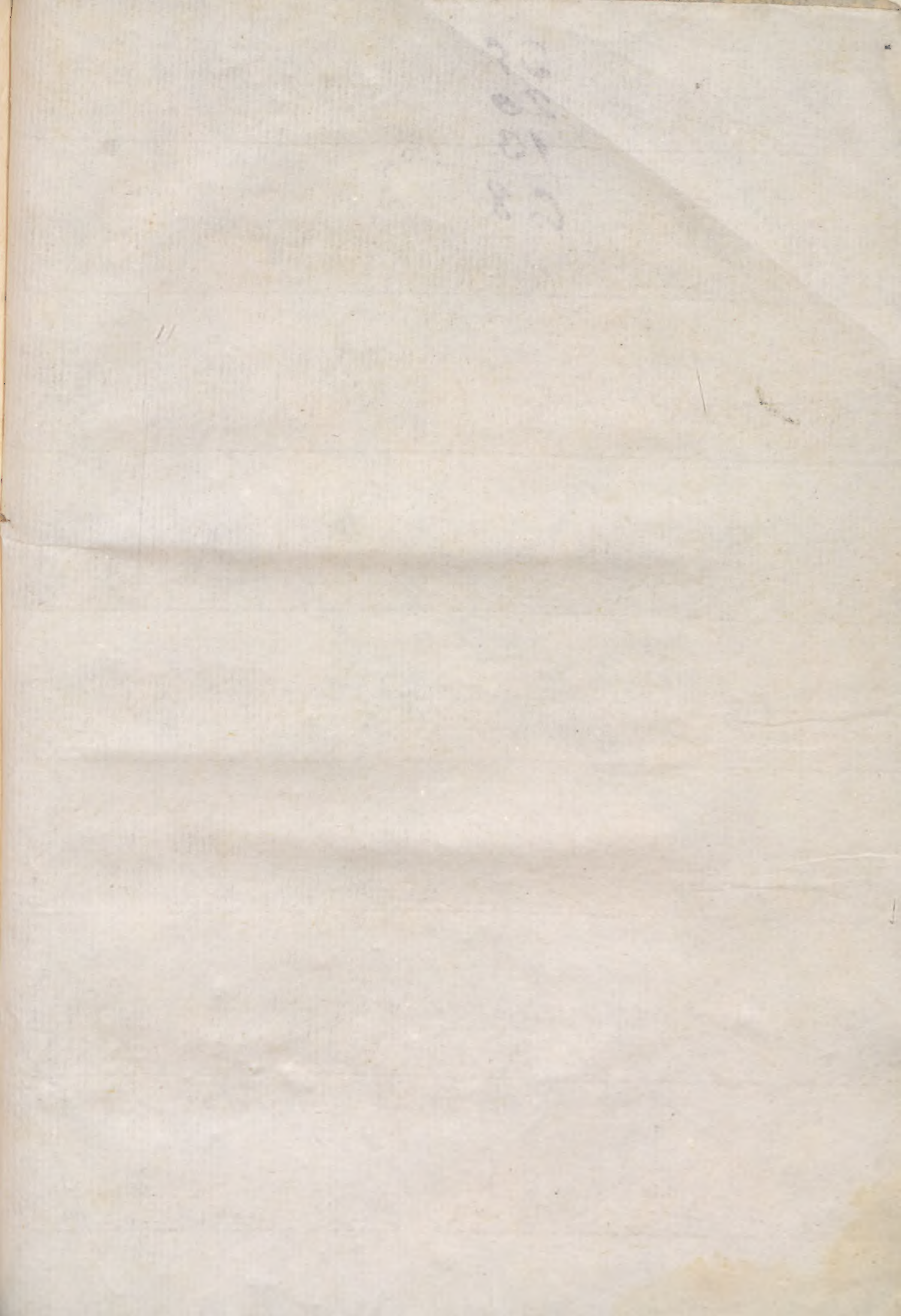
si Dios ordena á los pueblos la obediencia, tambien ordena á los príncipes la justicia; ni reina un Soberano con verdadera gloria, quando no sabe hacer que reine Dios mismo, con su buen exemplo, y por su autoridad.

Y por lo que hace á nosotros, ó Cristianos, no perdamos de vista la util leccion que nos dá esta pompa fúnebre. Tienen, es verdad, las córtes de los Reyes una brillante apariencia, y su grandeza dá un explendor que oculta su fragilidad; todo es ilusion en ellas, hasta que viene la muerte á descorrer el velo, y á descubrir la nada de quanto es humano. Acabamos de ver estos dias, que en el mismo sitio en que el Soberano que lloramos, rodeado de los magnates de su córte, de los valientes generales de sus exércitos, y primeros hombres del Estado, recibia los homenages de su pueblo, y de los enviados de las naciones de toda Europa, alli en aquel lugar mismo han estado colocados sus inánimes restos, y aun, ¡cosa

muy de notar! el feretro reposaba sobre su trono mismo.

¿Maś para que buscar fuera de este sagrado recinto exemplos de la caducidad de las cosas humanas? fué un tiempo en que esta Basilica estaba llena de reales sepulcros, de mauseoleos, de columnas, de inscripciones, que formaban como una cronología palpable de las familias de nuestros Reyes, y de las diferentes épocas de la monarquía. El tiempo habia respetado aquellos importantes vestigios de la grandeza humana, mas no los respetó el furor de los hombres. ¿No les vió la Francia desaparecer, violarse las régias tumbas, profanarse y dispersarse las cenizas de quarenta generaciones de Reyes? De tan nobles restos y bellos monumentos solo quedará un recuerdo en la historia; ¿mas qué digo? la historia misma acabará tambien, quando ya no existirá el tiempo, quando venga aquel dia que no tendrá fin, dia solo digno de fijar los deseos de vuestras almas inmortales. Ojalá que yo mismo, despues de haber ocupado hoy, sin du-

da por la última vez, la cátedra del Espíritu Santo, baxe de ella penetrado de este pensamiento: que solo Dios es grande, y solo la eternidad permanente.



da por la última vez, la cátedra del Espíritu Santo, baxe de ella penetrado de este pensamiento: que solo Dios es grande, y solo la eternidad permanente.

